AGRUPACION "MENEM PRESIDENTE '95"

Tiene dos líneas internas: "Menem, Carlos" y "Menem, Eduardo"

PRIVATIZACION DE OSN

Interesa la empresa por su fuerte liquidez

sátira/12

el desperdicio

Sábado 29 de febrero de 1992

Nº 229

COMO PARTE DE SU PLAN ANTIÑOQUIS

Planea Duhalde eliminar el día 29



LITERATURA BARATA Y OJOTAS DE GOMA

¿TOMAMOS MAT



Este suplemento es un homenaje a usted, lector. Porque usted sigue leyendo a pesar de las épocas actuales en las que el diario de hoy ya es de anteayer. Usted, que se atreve a las novelas y no se amilana ante un ensayo. Y lee hasta nuestros chistes. Por eso le preparamos un suplemento ideal para llevar a la playa. Seguramente cuando llegue a abrirlo encontrará en su interior los sanguches que haya usted puesto allí. Y también, aquellas cosas que Pati, Mosqueto, Toul, Langer, Rulloni, Rep, Paz, Guarnerio y Rudy hemos seleccionado como "lecturas de playa". ¿Quiere usted saber qué leen los famosos de vacaciones? ¡Consulte otro suplemento!



Por Santiago Varela

CULTURA PARA TODOS

Usted señora, señor, habrá escuchado muchas veces la famosa frase "El problema de este país es que a la gente le falta cultura". Lo dicen los locutores de TV mientras la imagen muestra a una hinchada de fútbol incendiando alegremente la tribuna del adversario. Lo dicen en la cola de los trámites, cuando algún tipo, grande como un ropero, arremete, formulario en mano y cara de no entender nada, pasándoles por arriba a dos o tres viejitas y lo refleja la cara del profesor Candeal cuando en el instructivo programa "Domingos para la juventud" algún estudiante secundario afirma que Bayern Munich es la capital del Volga-Volga que queda en Africa.

Si bien las dos cosas —el tipo-ropero y el animalito— son dos cosas distintas, la falta de cultura es pareja para ambos dos. Por eso, más allá del concepto antropológico, cuando aquí hablamos de cultura nos referimos estrictamente a esa cosa que tienen los tipos llamados cultos. Además partimos del supuesto que la ignorancia es la madre de la industria. Y esto es así porque, para ser bestia completo, es indispensable comenzar siendo burro.

Por otro lado, hoy en día todo el mundo reconoce y declara que sin información y sin cultura ya no se puede ir a ningún lado. Que el conocimiento se ha transformado en la llave que nos permitirá abrir las puertas —que dan vaya a saber dónde— sin necesidad de reventarlas a patadas a lo bruto. "El saber no engorda porque no ocupa lugar", dice mi tía Carola que se la sabe lunga. Y es verdad. Pero el problema es: ¿cómo poseer un sólido conocimiento de las cosas en medio de la mishiadura actual?

Un método tradicional para acceder al reino del conocimiento, saber quién escribió la *Divina Comedia*, diferenciar la vesícula del bazo o resolver una integrada en menos de dos días, es el ingresar a alguna carrera universitaria. Pero, en este ispa y en esta época, para ser universitario hay que contar con cantidades industriales de tiempo y plata. Tiempo para llegar a la Ciudad Universitaria, tiempo —algo menos que el anterior— para asistir a las clases y plata para tener tiempo para dedicarlo a viajar y estudiar en lugar de laburar. Para colmo de males, algunas universidades exigen títulos secundarios previos al ingreso y, entonces, la cosa se pudre más todavía.

Peor, atención, guarda el pozo, porque en ciertos aspectos específicamente culturales los claustros no son ninguna garantía. Poca gente hay más bruta que un buen cirujano, ni más torpes con la tabla del siete que un psicólogo, ni más negadores del subconsciente que un ingeniero. Pese a estas excepciones, los miles de egresados universitarios han permitido que nuestro país cuente con los taxistas más cultos, los quiosqueros más instruidos, los empleados bancarios con mayor base teórica y los vendedores de inodoros y cielorrasos con mayor formación académica del universo.

Pero, así y todo, la cosa no se soluciona. Cien mil profesionales desocupados no resuelven el problema cultural de un país de treinta millones de tipos. Esto no se puede encauzar con cuentagotas. No, señores, a grandes males, grandes remedios. La cultura no debe ser elemento de poder para unos pocos elegidos, sino que debe ser democrática, para todos. Debe ser abundante, buena y barata. Es necesario que el conocimiento pueda estar al alcance de todos los hogares, aun de los más modestos. Por esta misma razón es que llegamos a la conclusión de que no podrá accederse a él mediante el antiguo, tradicional y plomazo método de simplemente estudiar.

LA PANTALLA PLATEADA

Afortunadamente hoy la tecnología nos permite aggionarnos en materia de técnicas de aprendizaje. Antes, para cualquier cosa, había que estudiar un montón de cosas que no servían para nada. Se perdía mucho tiempo en asuntos tales como la demostración del teorema de Pitágoras en lugar de ir al resultado directamente o bien en aprender eso del "sujeto" y el "predicado" que, para lo único que sirve, es nada más que para saberlo. ¿O acaso el burgués de Molière cambió su actitud cuando se enteró que se pasaba el día chamuyando en prosa?

Otro de los defectos de la enseñanza tradicional es que, en vez de enseñarte cómo son las cosas ahora y chau, te empiezan con el asunto de la historia, de los antecedentes o de la teoría de causalidad.

Pero esto, gracias a Dios, se terminó. Hoy estamos en la era del transistor y del control remoto. Hoy contamos con un aliado formidable para ser menos brutos: el tubo plateado de la televisión.

Gracias a ésta, uno puede ahora acceder a cualquiera y todos los temas, por más difíciles o intrincados que parezcan. A través de las mesas redondas, los simpósiums, los programas de preguntas y respuestas o simplemente los reportajes, uno puede enterarse, con comodidad, de las distintas fases de la maduración del lactante, de cuántas calorías debe consumir un astronauta, de la importancia de las teorías poskeynesianas o bien por qué el orgasmo femenino es algo tan importante para las minas.

Pero atención, que esto que parece tan sencillo, no lo es. Los productores de TV suelen llamar a expertos para hablar de estos temas y muchos de ellos, embebidos aún en la antigua filosofía, explican las cosas de manera tal que no se entiende nada. Por eso me parece muy piola la actitud de algunos animadores que le piden al entrevistado que explique la teoría de la relatividad en cuarenta segundos —que es lo que falta para ir a la

¿TOMAMOS MATE O LEEMOS?



Este suplemento es un homenaje a usted, lector. Porque usted sigue leyendo a pesar de las épocas actuales en las que el diario de hoy ya es de anteayer. Usted, que se atreve a las novelas y no se amilana ante un ensayo. Y lee hasta nuestros chistes. Por eso le preparamos un suplemento ideal para llevar a la playa. Seguramente cuando llegue a abrirlo encontrará en su interior los sanguches que haya usted puesto allí. Y también, aquellas cosas que Pati, Mosqueto, Toul, Langer, Rulloni, Rep, Paz, Guarnerio y Rudy hemos seleccionado como "lecturas de playa". ¿Quiere usted saber qué leen los famosos de vacaciones? ¡Consulte otro suplemento!





¿QUE LEER EN EL VERANO?

Por Berni Danguto

Qué leer en el verano? De un par de años a esta parte, los best sellers más leídos en el estío vienen siendo *Culo amarillo* y *Las tetas de la otra carpa*, libros que, en un remozado zapping, se leen levantando la vista del libro que se está leyendo.

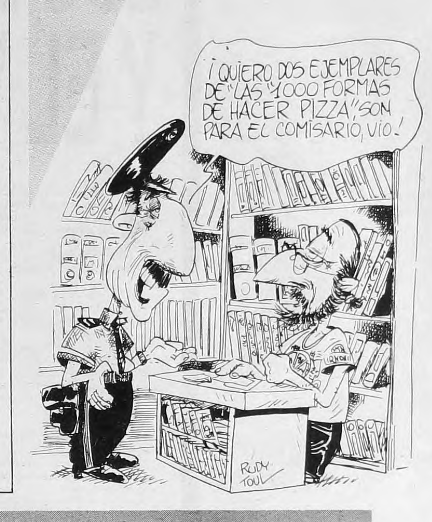
Un libro muy seguido por los que viajan a la costa es *El castillo*, de Franz Kafka; la historia de un hombre que intenta levantar un castillo de arena a orillas del mar y, obviamente, las olas se lo derrumban cada veinte segundos. Las primeras quinientas páginas no cuentan mucho más que esto, salvo la intervención de un cocacolero que le aconseja morirse. Finalmente, desconcertado, el hombre le inicia un juicio al mar, que deviene en un larguísimo proceso, casi infinito. Cuando el hombre está por morir, el fallo judicial le concede la victoria y Poseidón, el dios del mar, es obligado a levantarle un castillo de mármol en la puerta de la Bristol. Poseidón construye el castillo, pero el hombre ya no puede disfrutarlo, porque se ha convertido en cucaracha.

Otra novela, en este caso una novedad, que entusiasma a los turistas del Delta, es el policial *¿Pican los mosquitos a los muertos?* La trama: un hombre acampa con su novia en las orillas del Paraná. La chica es una Venus y han esperado esas vacaciones en carpa para conocerse íntimamente. Los mosquitos, como feroces católicos, impiden las relaciones prematrimoniales. Zúmbale que te zúmbale, pícale pícale, atormentan a ambos amantes y en especial al hombre (es notable como, en las parejas, los mosquitos siempre tienen preferencia por uno). Desesperado, el muchacho corre a la proveeduría del camping y compra el aparatito electrónico y las fichitas antimosquitos. Vuelve a la carpa. No tiene donde enchufarlo. Ya la situación es algo recurrente. Ambos saben que en la carpa no puede usarse espiral. Desesperado, el muchacho se come dieciséis pastillas antimosquitos porfiando en que el sudor que luego desprenderá, espante a los insectos. Se pone verde y sufre una hemiplejia en todo el lado derecho.

No es menos vendido el clásico de Poly Pajard, *Palabras a mi hija adolescente*, la extensa carta de una madre a su hija en Villa Gesell, escribiéndole todo acerca de cómo ponerse los tampones. "Hija —dice la carta—, los hombres pueden acercarse a nosotras por muchas razones; en tu caso, aun prescindiendo de belleza y simpatía, te quedan varias. Ser una tabla no es tan dramático, ¿te has fijado cuántos hombres aman el surf? Cómo me gustaría —sigue la autora— cuidarte como cuando eras niña, pero tu paso por el reformatorio y tu larga terapia antialcohólica nos impidieron un contacto más profundo durante tu primera adolescencia. Muchos me critican haberte tratado más como una amiga que como una madre, incluso tú, que me llamabas pesada y aburrida." La carta incluye un apéndice documental donde se refleja el juicio que la hija le siguió a la autora para que le quiten la tenencia.

Para los que este verano iban a viajar en avión por Panamericana es más que recomendable el célebre *Ningún lugar está lejos*, de Richard Bach, interesante para leer en una posible travesía a pie hasta Miami.

Quienes se quedan en Buenos Aires pueden apelar a cualquiera de los libros de poemas de Luisa Delfino, verán que basta con cerrarlos para sentirse un poco mejor.



Por Santiago Varela

CULTURA PARA TODOS

Usted señora, señor, habrá escuchado muchas veces la famosa frase "El problema de este país es que a la gente le falta cultura". Lo dicen los locutores de TV mientras la imagen muestra a una hinchada de fútbol incendiando alegremente la tribuna del adversario. Lo dicen en la cola de los trámites, cuando algún tipo, grande como un ropero, arremete, formulario en mano y cara de no entender nada, pasándoles por arriba a dos o tres viejitas y lo refleja la cara del profesor Candeal cuando en el instructivo programa "Domingos para la juventud" algún estudiante secundario afirma que Bayern Munich es la capital del Volga-Volga que queda en Africa.

Si bien las dos cosas —el tipo-ropero y el animalito— son dos cosas distintas, la falta de cultura es pareja para ambos dos. Por eso, más allá del concepto antropológico, cuando aquí hablamos de cultura nos referimos estrictamente a esa cosa que tienen los tipos llamados cultos. Además partimos del supuesto que la ignorancia es la madre de la industria. Y esto es así porque, para ser bestia completo, es indispensable comenzar siendo burro.

Por otro lado, hoy en día todo el mundo reconoce y declara que sin información y sin cultura ya no se puede ir a ningún lado. Que el conocimiento se ha transformado en la llave que nos permitirá abrir las puertas —que dan vaya a saber dónde— sin necesidad de reventarlas a patadas a lo bruto. "El saber no engorda porque no ocupa lugar", dice mi tía Carola que se la sabe lunga. Y es verdad. Pero el problema es: ¿cómo poseer un sólido conocimiento de las cosas en medio de la mishiadura actual?

Un método tradicional para acceder al reino del conocimiento, saber quién escribió la *Divina Comedia*, diferenciar la vesícula del bazo o resolver una integrada en menos de dos días, es el ingresar a alguna carrera universitaria. Pero, en este ispa y en esta época, para ser universitario hay que contar con cantidades industriales de tiempo y plata. Tiempo para llegar a la Ciudad Universitaria, tiempo —algo menos que el anterior— para asistir a las clases y plata para tener tiempo para dedicarlo a viajar y estudiar en lugar de laburar. Para colmo de males, algunas universidades exigen títulos secundarios previos al ingreso y, entonces, la cosa se pudre más todavía.

Peor, atención, guarda el pozo, porque en ciertos aspectos específicamente culturales los claustros no son ninguna garantía. Poca gente hay más bruta que un buen cirujano, ni más torpes con la tabla del siete que un psicólogo, ni más negadores del subconsciente que un ingeniero. Pese a estas excepciones, los miles de egresados universitarios han permitido que nuestro país cuente con los taxistas más cultos, los quiosqueros más instruidos, los empleados bancarios con mayor base teórica y los vendedores de inodoros y cielorrasos con mayor formación académica del universo.

Pero, así y todo, la cosa no se soluciona. Cien mil profesionales desocupados no resuelven el problema cultural de un país de treinta millones de tipos. Esto no se puede encauzar con cuentagotas. No, señores, a grandes males, grandes remedios. La cultura no debe ser elemento de poder para unos pocos elegidos, sino que debe ser democrática, para todos. Debe ser abundante, buena y barata. Es necesario que el conocimiento pueda estar al alcance de todos los hogares, aun de los más modestos. Por esta misma razón es que llegamos a la conclusión de que no podrá accederse a él mediante el antiguo, tradicional y plomazo método de simplemente estudiar.

LA PANTALLA PLATEADA

Afortunadamente hoy la tecnología nos permite aggionarnos en materia de técnicas de aprendizaje. Antes, para cualquier cosa, había que estudiar un montón de cosas que no servían para nada. Se perdía mucho tiempo en asuntos tales como la demostración del teorema de Pitágoras en lugar de ir al resultado directamente o bien en aprender eso del "sujeto" y el "predicado" que, para lo único que sirve, es nada más que para saberlo. ¿O acaso el burgués de Molière cambió su actitud cuando se enteró que se pasaba el día chamuyando en prosa?

Otro de los defectos de la enseñanza tradicional es que, en vez de enseñarte cómo son las cosas ahora y chau, te empiezan con el asunto de la historia, de los antecedentes o de la teoría de causalidad.

Pero esto, gracias a Dios, se terminó. Hoy estamos en la era del transistor y del control remoto. Hoy contamos con un aliado formidable para ser menos brutos: el tubo plateado de la televisión.

Gracias a ésta, uno puede ahora acceder a cualquiera y todos los temas, por más difíciles o intrincados que parezcan. A través de las mesas redondas, los simpósiums, los programas de preguntas y respuestas o simplemente los reportajes, uno puede enterarse, con comodidad, de las distintas fases de la maduración del lactante, de cuántas calorías debe consumir un astronauta, de la importancia de las teorías poskeynesianas o bien por qué el orgasmo femenino es algo tan importante para las minas.

Pero atención, que esto que parece tan sencillo, no lo es. Los productores de TV suelen llamar a expertos para hablar de estos temas y muchos de ellos, embebidos aún en la antigua filosofía, explican las cosas de manera tal que no se entiende nada. Por eso me parece muy piola la actitud de algunos animadores que le piden al entrevistado que explique la teoría de la relatividad en cuarenta segundos —que es lo que falta para ir a la tanda—. Y, además, dicho de forma tal que la pueda captar una televidente medio promedio que en esos momentos, por ejemplo, pueda estar planchando frente al televisor. ¡Ahí te quiero ver escopeta! Que si a estos sabihondos los dejan hablar todo el día no es ninguna gracia, porque así cualquiera explica cualquier cosa. Por eso el secreto de la divulgación del conocimiento es ser breve, conciso e ir directamente al grano. En otras palabras, que no es tan importante ser riguroso con la cosa, que de última es gratis, como el segundo de televisión, que cuesta una millonada. ¿Se entiende?

Seguro que en este tema no faltará alguna licenciada que afirme que, por ejemplo, la teoría lacaniana explicada en dos minutos y medio dejó de ser la teoría lacaniana. Yo aquí manifiesto que ésta es una típica actitud intelectualoide y elitista. Con esa excusa lo que pretenden es mantenerse como dueños exclusivos del conocimiento e impedir que usted señora —o su cuñada—, tengan el acceso que se merecen a la erudición. Ha llegado la hora de patearles el nido a esos sabelotos y narizlevantada.

Loados y bienvenidos sean los programas en los cuales los animadores hablan de todos los temas posibles, donde los periodistas le preguntan al Papa si se siente realizado, donde los noticieros, en sólo dos flashes, te cuentan la crisis del Medio Oriente, para pasar de inmediato al resultado de la quinta de Palermo y donde un cirujano puede, en doce segundos, enseñarte cómo se hace un trasplante de riñón y si el injerto falla cómo hacer una salsita provenzal para aprovechar el riñón y la mañana.

LOS BROLIS

Como todos saben, en el método clásico de la enseñanza, el profesor debía recurrir constantemente a otro de los grandes dramas de nuestra cultura: el libro. Libros enormes, pesados, imbancables, plomíferos, incomprensibles y... carísimos.

El libro, evidentemente, es un producto de otra época donde lo que sobraba era el tiempo y la santa paciencia. Pero hoy el tiempo es un bien escaso y, en vista de esto, la técnica moderna nos ofrece otras opciones. Actualmente sería imposible leer esos tremendos mamotretos de letra monótona y chiquita. No hay ni tiempo para leerlos ni plata para comprarlos. Por otro lado, está científicamente comprobado que gran parte de cualquier libro está, como quien dice, al divino botón. En efecto, no hay novela, tratado o ensayo que no pueda resumirse, estractarse y dejar únicamente lo medular, destrozando la verbosidad estilista y presuntuosa para rescatar únicamente la sustancia, lo básico, lo posta-posta. ¿Se percata?

Aquí merece un párrafo especial el aporte realizado a la comunidad por el *Reader's Digest* que, durante años, en su sección "Selección de libros" le permitió a uno leer el *Quijote* en quince minutos, deleitarse con el *Mio Cid* en sólo veinte páginas, o bien digerirse toda *La guerra y la paz* en el trayecto Quilmes-Constitución. Y por si esto fuera poco, y por el mismo precio, uno podía enterarse, en otras secciones, de cómo funciona el aparato reproductor de las focas o de la importancia del dulce de cayote en la alimentación de los indios cherokees.

En una palabra, con este sistema de divulgación compendiada, se rompió el círculo hermético y exclusivo que los entendidos en cualquier cosa habían fabricado para mantener alejados a los demás y así poder hablar ellos solos en las fiestas y eventos sociales. Fue el comienzo de la Gran Revolución.

Antes nadie se atrevía a discutirles al ingeniero, al doctor, al literato, al historiador. Estos, a su vez, eran tipos que se habían pasado la vida estudiando sobre un solo tema y no permitían que nadie invadiera sus territorios cuidadosamente custodiados por murallas de libros complicadísimos. Pero sonaron las trompetas y los muros de Jericó se desplomaron. La divulgación del conocimiento y de la cultura los hizo repelota.

Una nueva era había comenzado. Y con ella hizo su aparición el invento más importante de la historia del saber: el fascículo. Nombre éste que etimológicamente viene de "fasci" fácil y "culo" ídem, o sea: "Más fácil que el culo". Y esto es cierto, porque a partir del fascículo todo es más fácil, más simple, más entretenido. Se terminaron para siempre esos libracos mastodónticos, grises y opacos. Ahora todo viene compendiado y fragmentado en vistosas revistas de papel brillante llenas de figuritas como para que uno no se fatigue con cosas puramente escritas, como lo demanda la moderna pedagogía.

Gracias a este sensacional invento cualquier tema, la historia de la humanidad —ojo, de *toda* la humanidad—, la técnica del crochet, cómo reparar un carburador, la fabricación de instrumentos de viento —incluido el contrafagot—, un curso de cirugía casera práctica, un manual para la navegación aerostática, el aprendizaje del esperanto o la práctica del Kama Sutra; todo, absolutamente todo, puede ser aprendido y digerido en cuidadas entregas semanales en su quiosco habitual. Eso siempre y cuando la editorial no decida cortar la edición y usted se quede con la enciclopedia en la letra N o la historia de la música en Mastropiero.

Pero, salvado este probable inconveniente, digamos que usted, que no tenía tiempo ni para leer el diario, ahora puede tener todo el mundo del conocimiento a su entera disposición y hacer con él lo que se le cante.

Como es lógico y habitual, ante esta revolución del saber reaccionaron los intereses ocultos de siempre. Los libreros de la calle Corrientes aúllan porque ahora los jóvenes van del quiosco a la pizzería y en las librerías lo único que hacen "es vidriera" y sacar cuenta de cuánta guita se ahorraron por no comprar nada. Que se quejen no más. ¡Contra el progreso nadie la talla! Hoy usted, en la pizzería, mientras se manduca un cacho de muzzarella con fainá antes de ir al segundo laburo, se lee un fascículo sobre la historia de la filosofía y sale, no sólo con la panza llena, sino con el intelecto también. Luego, en la oficina, podrá hablar de igual a igual con cualquiera y, en las reuniones sociales, ya no tendrá que sentirse un marginado por no saber quién era Empédocles.

Alabados y glorificados sean entonces los fascículos y las revistas de divulgación que permiten que uno, sentado en el baño, comience y termine todo un tema, dándole la sensación de que lo que dejó en el inodoro lo repuso inmediatamente en la croqueta.

Sumémosle a esto los variados institutos donde en dos meses se podrá recibir de Licenciado en Relaciones Humanas, Mecánico Dental, Detective Privado o Banquero Internacional y se tendrá el porqué de la deserción escolar. Sí señor, nosotros nos rajamos de la escuela porque es algo viejo y triste. Ahora marchamos triunfantes en busca del conocimiento total y sin restricciones, con un fascículo debajo del brazo y la mirada fija en la pantalla plateada.

Finalmente la cultura, no la popular que es subversiva, sino la de los cultos, será para todos, finalmente.



E O LEEMOS?



¿QUE LEER EN EL VERANO?

Por Berni Danguto

Qué leer en el verano? De un par de años a esta parte, los best sellers más leídos en el estío vienen siendo *Culo amarillo* y *Las tetas de la otra carpa*, libros que, en un remozado zapping, se leen levantando la vista del libro que se está leyendo.

Un libro muy seguido por los que viajan a la costa es *El castillo*, de Franz Kafka; la historia de un hombre que intenta levantar un castillo de arena a orillas del mar y, obviamente, las olas se lo derrumban cada veinte segundos. Las primeras quinientas páginas no cuentan mucho más que esto, salvo la intervención de un cocacolero que le aconseja morirse. Finalmente, desconcertado, el hombre le inicia un juicio al mar, que deviene en un larguísimo proceso, casi infinito. Cuando el hombre está por morir, el fallo judicial le concede la victoria y Poseidón, el dios del mar, es obligado a levantarle un castillo de mármol en la puerta de la Bristol. Poseidón construye el castillo, pero el hombre ya no puede disfrutarlo, porque se ha convertido en cucaracha.

Otra novela, en este caso una novedad, que entusiasma a los turistas del Delta, es el policial *¿Pican los mosquitos a los muertos?* La trama: un hombre acampa con su novia en las orillas del Paraná. La chica es una Venus y han esperado esas vacaciones en carpa para conocerse íntimamente. Los mosquitos, como feroces católicos, impiden las relaciones prematrimoniales. Zúmbale que te zúmbale, pícale pícale, atormentan a ambos amantes y en especial al hombre (es notable como, en las parejas, los mosquitos siempre tienen preferencia por uno). Desesperado, el muchacho corre a la proveeduría del camping y compra el aparatito electrónico y las fichitas antimosquitos. Vuelve a la carpa. No tiene donde enchufarlo. Ya la situación es algo recurrente. Ambos saben que en la carpa no puede usarse espiral. Desesperado, el muchacho se come dieciséis pastillas antimosquitos porfiando en que el sudor que luego desprenderá, espante a los insectos. Se pone verde y sufre una hemiplejia en todo el lado derecho.

No es menos vendido el clásico de Poly Pajard, *Palabras a mi hija adolescente*, la extensa carta de una madre a su hija en Villa Gesell, escribiéndole todo acerca de cómo ponerse los tampones. "Hija —dice la carta—, los hombres pueden acercarse a nosotras por muchas razones; en tu caso, aun prescindiendo de belleza y simpatía, te quedan varias. Ser una tabla no es tan dramático, ¿te has fijado cuántos hombres aman el surf? Cómo me gustaría —sigue la autora— cuidarte como cuando eras niña, pero tu paso por el reformatorio y tu larga terapia antialcohólica nos impidieron un contacto más profundo durante tu primera adolescencia. Muchos me critican haberte tratado más como una amiga que como una madre, incluso tú, que me llamabas pesada y aburrida." La carta incluye un apéndice documental donde se refleja el juicio que la hija le siguió a la autora para que le quiten la tenencia.

Para los que este verano iban a viajar en avión por Panamericana es más que recomendable el célebre *Ningún lugar está lejos*, de Richard Bach, interesante para leer en una posible travesía a pie hasta Miami.

Quienes se quedan en Buenos Aires pueden apelar a cualquiera de los libros de poemas de Luisa Delfino, verán que basta con cerrarlos para sentirse un poco mejor.



tanda—. Y, además, dicho de forma tal que la pueda captar una televidente medio promedio que en esos momentos, por ejemplo, pueda estar planchando frente al televisor. ¡Ahí te quiero ver escopeta! Que si a estos sabihondos los dejan hablar todo el día no es ninguna gracia, porque así cualquiera explica cualquier cosa. Por eso el secreto de la divulgación del conocimiento es ser breve, conciso e ir directamente al grano. En otras palabras, que no es tan importante ser riguroso con la cosa, que de última es gratis, como el segundo de televisión, que cuesta una millonada. ¿Se entiende?

Seguro que en este tema no faltará alguna licenciada que afirme que, por ejemplo, la teoría lacaniana explicada en dos minutos y medio dejó de ser la teoría lacaniana. Yo aquí manifiesto que ésta es una típica actitud intelectualoide y elitista. Con esa excusa lo que pretenden es mantenerse como dueños exclusivos del conocimiento e impedir que usted señora —o su cuñada—, tengan el acceso que se merecen a la erudición. Ha llegado la hora de patearles el nido a esos sabelotos y narizlevantada.

Loados y bienvenidos sean los programas en los cuales los animadores hablan de todos los temas posibles, donde los periodistas le preguntan al Papa si se siente realizado, donde los noticieros, en sólo dos flashes, te cuentan la crisis del Medio Oriente, para pasar de inmediato al resultado de la quinta de Palermo y donde un cirujano puede, en doce segundos, enseñarte cómo se hace un trasplante de riñón y si el injerto falla cómo hacer una salsita provenzal para aprovechar el riñón y la mañana.

LOS BROLIS

Como todos saben, en el método clásico de la enseñanza, el profesor debía recurrir constantemente a otro de los grandes dramas de nuestra cultura: el libro. Libros enormes, pesados, imbancables, plomíferos, incomprensibles y... carísimos.

El libro, evidentemente, es un producto de otra época donde lo que sobraba era el tiempo y la santa paciencia. Pero hoy el tiempo es un bien escaso y, en vista de esto, la técnica moderna nos ofrece otras opciones. Actualmente sería imposible leer esos tremendos mamotretos de letra monótona y chiquita. No hay ni tiempo para leerlos ni plata para comprarlos. Por otro lado, está científicamente comprobado que gran parte de cualquier libro está, como quien dice, al divino botón. En efecto, no hay novela, tratado o ensayo que no pueda resumirse, estractarse y dejar únicamente lo medular, destrozando la verbosidad estilista y presuntuosa para rescatar únicamente la sustancia, lo básico, lo posta-posta. ¿Se percata?

Aquí merece un párrafo especial el aporte realizado a la comunidad por el *Reader's Digest* que, durante años, en su sección "Selección de libros" le permitió a uno leer el *Quijote* en quince minutos, deleitarse con el *Mio Cid* en sólo veinte páginas, o bien digerirse toda *La guerra y la paz* en el trayecto Quilmes-Constitución. Y por si esto fuera poco, y por el mismo precio, uno podía enterarse, en otras secciones, de cómo funciona el aparato reproductor de las focas o de la importancia del dulce de cayote en la alimentación de los indios cherokees.

En una palabra, con este sistema de divulgación compendiada, se rompió el círculo hermético y exclusivo que los entendidos en cualquier cosa habían fabricado para mantener alejados a los demás y así poder hablar ellos solos en las fiestas y eventos sociales. Fue el comienzo de la Gran Revolución.

Antes nadie se atrevía a discutirles al ingeniero, al doctor, al literato, al historiador. Estos, a su vez, eran tipos que se habían pasado la vida estudiando sobre un solo tema y no permitían que nadie invadiera sus territorios cuidadosamente custodiados por murallas de libros complicadísimos. Pero sonaron las trompetas y los muros de Jericó se desplomaron. La divulgación del conocimiento y de la cultura los hizo repelota.

Una nueva era había comenzado. Y con ella hizo su aparición el invento más importante de la historia del saber: el fascículo. Nombre éste que etimológicamente viene de "fasci" fácil y "culo" idem, o sea: "Más fácil que el culo". Y esto es cierto, porque a partir del fascículo todo es más fácil, más simple, más entretenido. Se terminaron para siempre esos libracos mastodónticos, grises y opacos. Ahora todo viene compendiado y fragmentado en vistosas revistas de papel brillante llenas de figuritas como para que uno no se fatigue con cosas puramente escritas, como lo demanda la moderna pedagogía.

Gracias a este sensacional invento cualquier tema, la historia de la humanidad —ojo, de *toda* la humanidad—, la técnica del crochet, cómo reparar un carburador, la fabricación de instrumentos de viento —incluido el contrafagot—, un curso de cirugía casera práctica, un manual para la navegación aerostática, el aprendizaje del esperanto o la práctica del Kama Sutra; todo, absolutamente todo, puede ser aprendido y digerido en cuidadas entregas semanales en su quiosco habitual. Eso siempre y cuando la editorial no decida cortar la edición y usted se quede con la enciclopedia en la letra N o la historia de la música en Mastropiero.

Pero, salvado este probable inconveniente, digamos que usted, que no tenía tiempo ni para leer el diario, ahora puede tener todo el mundo del conocimiento a su entera disposición y hacer con él lo que se le cante.

Como es lógico y habitual, ante esta revolución del saber reaccionaron los intereses ocultos de siempre. Los libreros de la calle Corrientes aúllan porque ahora los jóvenes van del quiosco a la pizzería y en las librerías lo único que hacen "es vidriera" y sacar cuenta de cuánta guita se ahorraron por no comprar nada. Que se quejen no más. ¡Contra el progreso nadie la talla! Hoy usted, en la pizzería, mientras se manduca un cacho de muzzarella con fainá antes de ir al segundo laburo, se lee un fascículo sobre la historia de la filosofía y sale, no sólo con la panza llena, sino con el intelecto también.

Luego, en la oficina, podrá hablar de igual a igual con cualquiera y, en las reuniones sociales, ya no tendrá que sentirse un marginado por no saber quién era Empédocles.

Alabados y glorificados sean entonces los fascículos y las revistas de divulgación que permiten que uno, sentado en el baño, comience y termine todo un tema, dándole la sensación de que lo que dejó en el inodoro lo repuso inmediatamente en la croqueta.

Sumémosle a esto los variados institutos donde en dos meses se podrá recibir de Licenciado en Relaciones Humanas, Mecánico Dental, Detective Privado o Banquero Internacional y se tendrá el porqué de la deserción escolar. Si señor, nosotros nos rajamos de la escuela porque es algo viejo y triste. Ahora marchamos triunfantes en busca del conocimiento total y sin restricciones, con un fascículo debajo del brazo y la mirada fija en la pantalla plateada.

Finalmente la cultura, no la popular que es subversiva, sino la de los cultos, será para todos, finalmente.



Guerrero-Pati

POLITICOS: LOS LIBROS Y EL VIENTO...

Por Carlos Guarnerio

Qué leería la clase política durante estas vacaciones? Responder esta pregunta me llevó a entrevistarme con los máximos exponentes de la dirigencia.

El primero fue Manzano:

—Leeré *Robo para la Corona* —contestó—, para luego aclarar: —Es que me ofrecieron ser autor de la Fe de Erratas del libro.

Mientras tanto, Herminio Iglesias descartaba una alternativa que yo mismo le había propuesto:

—¿Qué *El octavo círculo*? Yo me conformaría con *El segundo testículo*.

No me animé a decirle que no estaba editado. Ni quise jugar con su inocencia anunciándole que estaba en preparación. Pero apenas terminadas esas cavilaciones, avisté a don Oscar Alende:

—¿Qué voy a leer en vacaciones? No sé, quiero algo ligero, breve, muy corto...

—Entonces, doctor —sugirió uno de sus asesores—, lea el padrón de afiliados al Partido Intransigente.

No me quedé a esperar la respuesta porque advertí que pasaba el célebre Capitán Ingeniero.

—Pensaba en el libro de Martínez de Hoz, *Quince años después*. Pero no sé muy bien cuánto cuesta.

—Unos 150 mil australes, más toda la Deuda Externa —le respondí, cuando advertí la presencia de Bussi. El frustrado candidato a gobernador de Tucumán admitió:

—Finalmente, leeré a García Márquez, en una obra que escribió hace más de quince años: *El general no tiene quien le escriba*.

—*El coronel no tiene quien le escriba* —corregí, a lo que me replicó:

—¿Todavía es coronel, después de quince años, no lo ascendieron? —se preguntó, para sintetizar—. Debe ser medio zurdo.

Fue allí que Videla, presto para saludar a su colega, sin ser convocado:

—Para mí, el *Nunca más* es como leer un diario personal —me espetó, para luego ampliar—. Es mentira que planée reclamar los derechos de autor de la obra.

Luego, apareció la ingeniera María Julia Alsogaray, quien descartaba toda práctica literaria veraniega:

—¿Leer?, no me va a quedar un minuto: todo el tiempo de vacaciones tendré que destinarlo a desmentir que *Yo, la peor de todas* sea mi biografía no autorizada.

Cerca de ella, otro legislador, ahora radical, Federico Storani, explicaba:

—Yo voy a hacer un repaso: como voy a reclamar mi parte en la sucesión, lo mío será releer *Los herederos de Alfonsín*.

De pronto, los secretarios privados del Primer Mandatario. Vicco optaba por algo ligero:

—Abordaré algún texto de bricolage. Estoy tratando de conseguir *Ordéñela usted mismo* —se sinceró, dando paso al más cercano, Ramón Hernández.

—Yo voy a leer lo que lea el Jefe, pero de reojo, se entiende.

Nuevamente, giré a la izquierda. Patricio Echegaray también se inclinaba por los textos ligeros:

—Quiero conseguir un ejemplar de *El ayudante práctico*: quiero el dedicado a construcciones, para entender mejor lo de la caída del Muro.

Y Zulema Yoma se volcaba en la misma dirección. Sólo que aclaraba:

—Este verano, en lugar de *Cocina fácil para la mujer moderna*, *Vianda fácil para la mujer moderna* —se adaptaba, mientras que a su lado Amira delataba, en la evocación de un pasaje, su texto favorito para la temporada estival recitando:

—"Hacete amiga de la jueza..."

Por su parte Ramoncito Saadi volvía a un clásico, aunque quizás ahora en una mirada distinta:

—Repasaré *Recuerdos de provincia* —admitió.

Otro notable, Sofovich, también se inclinaba por la relectura:

—Voy a repasar *Cómo ganar amigos*, porque hasta ahora no me dio mucho resultado.

Finalmente, un ex presidente y su sucesor. Ante la desorientación que Alfonsín no ocultaba, le recomendé:

—¿Qué tal *Asalto a la ilusión*?

—¡No! —contestó—. Si hasta al libro me lo robaron.

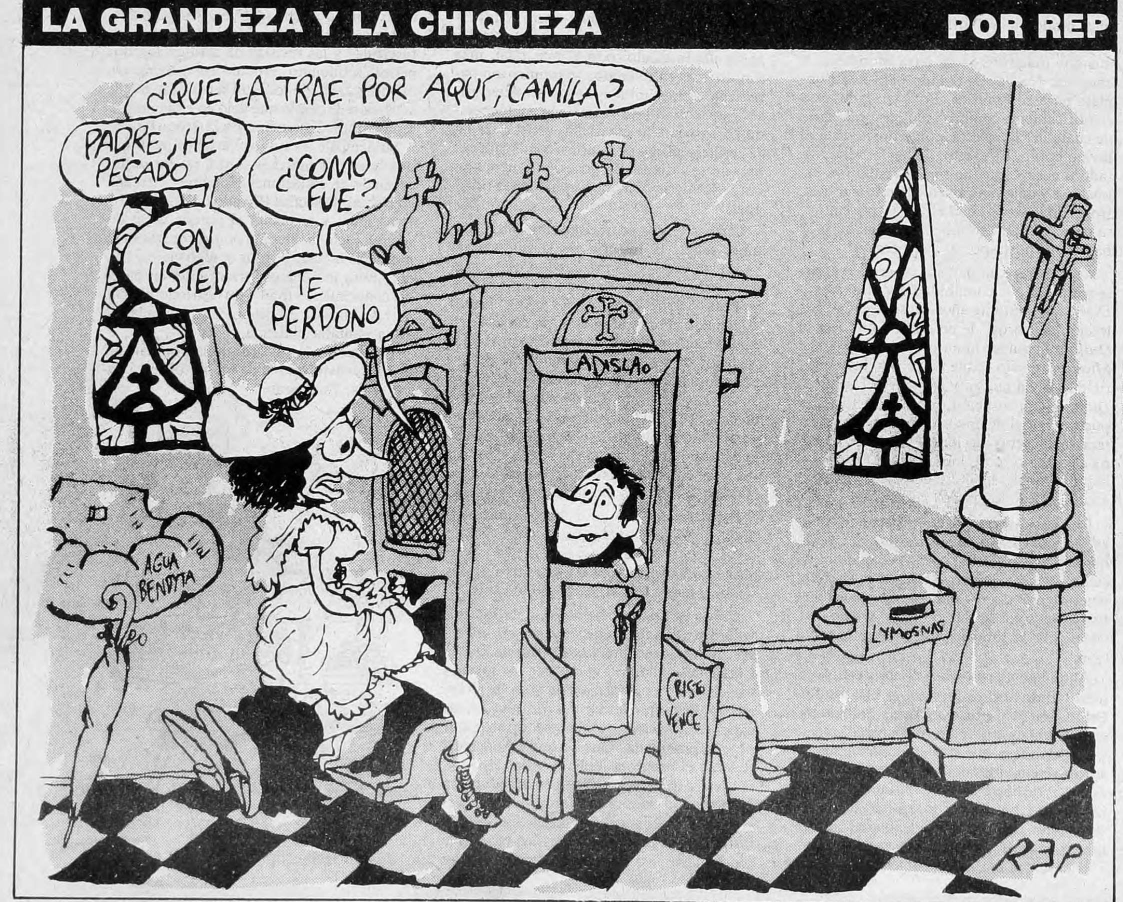
Y cerrando, Menem me confesó:

—Quiero algo netamente de ficción.

Respetuosamente, me permití recomendarle:

—¿Algo de ficción? Entonces lea una obra suya: *Promesas preelectorales del '89*.

LA GRANDEZA Y LA CHIQUEZA — POR REP





Más que "Y se acaba", esta vez debería ser "Y se agota". ¡Cómo lee la gente cuando está de vacaciones! Uno aprovecha para ponerse al día con la política, la economía, las novelas, y por qué no, la poesía, y cualquier otro libro que encuentre a mano y le ayude a sobrepasar los días de lluvia, eso sí uno no tiene auto ni otra cosa que hacer. Y si los días son lindos y hay playa, tampoco está de más llevarse un libro. En una época fueron el comienzo de más de un levante. Y en las horas pico, sirven para taparse del sol. ¡Libros sí, alpargatas también!

El próximo sábado volvemos, no sé de dónde!

Rudy